

Javier ANTÓN PELAYO, *Las modalidades de la información entre Gutenberg e Internet. Notas de lectura*, «Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita» 13 (2004) I.S.S.N. 1134-1165, Universidad de Alcalá, pp. 33-44.

LAS MODALIDADES DE LA INFORMACIÓN ENTRE GUTENBERG E INTERNET. NOTAS DE LECTURA¹

JAVIER ANTÓN PELAYO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

El preponderante papel que en la actualidad ejercen los medios de comunicación y los sistemas de información ha despertado un vivo interés por conocer sus principios y su evolución a lo largo de los siglos. El progreso de las nuevas tecnologías electrónicas y las extraordinarias mutaciones sociales y culturales que aparentemente están generando han estimulado el reexamen de las implicaciones que supuso la introducción de determinados artilugios para la comunicación en épocas pretéritas. Aunque no todas las modalidades de comunicación actuales suponen exactamente una innovación, ni los debates sobre los riesgos de los nuevos medios eran desconocidos en el pasado, los cambios que se han producido en este campo durante los últimos cinco siglos son significativos. No por ello, se pueden inferir ni un progreso ininterrumpido ni una constante involución.

Más allá de las puntuales relaciones sobre la historia de “los media” - ahí están, entre otros, los estudios clásicos de Patrice Flichy, Harold Adams Innis y Herberd Marshall MacLuhan-, los recientes trabajos han convertido esta temática en una relevante encrucijada del análisis interdisciplinario gracias al benefactor influjo de la historia social y cultural. La comunicación y la información, por encima de los logros tecnológicos que las modelan, son territorios propicios para el análisis de la política, la economía, el arte, la literatura, la psicología, la antropología y la sociología. Bajo esta perspectiva cuesta trabajo

¹ Glosas a los libros de Asa BRIGGS y BURKE, Peter, *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, Taurus, Madrid, 2002, 425 pp. (traducción de Marco Aurelio Galmarini) y Mario INFELISE, *Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione (secoli XVI e XVII)*, Laterza, Roma-Bari, 2002, 233 pp.

encontrar algo en el mundo que no sea comunicación.

Siguiendo este punto de vista, el reciente libro de Asa Briggs y Peter Burke, *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, es un compendio descriptivo-interpretativo de los medios de comunicación en Occidente desde mediados del siglo XV hasta la actualidad. Es una obra fruto de la madurez de dos historiadores de reconocido prestigio internacional, uno gestado en la tradición de Oxford y otro en la de Cambridge: Briggs es un maestro de las síntesis históricas, un especialista del periodo victoriano y un analista de los medios de comunicación contemporáneos; Burke es profesor de historia cultural de la Edad Moderna, autor de estudios pioneros y referenciales para la historiografía como *La cultura popular en la Europa Moderna*, *La fabricación de Luis XIV*, *Venecia y Amsterdam. Estudio sobre las élites del siglo XVII* y *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Las inclinaciones de cada autor han comportado que el segundo haya sido el responsable de los capítulos 1-3, dedicados a analizar las consecuencias de la introducción de la imprenta y el papel que jugaron los medios en la conformación de un espacio público de opinión durante los grandes acontecimientos políticos desde la Reforma hasta la Revolución Francesa; mientras que el primero se ha obligado con los capítulos 4-8, entregados al examen de los diversos artilugios de comunicación desde el advenimiento de la energía del vapor (a finales del siglo XVIII) hasta Internet, valorando en cada caso su influencia en la sociedad.

Paralelamente, el flamante libro de Mario Infelise, *Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione (secoli XVI e XVII)*, actúa como una larga y sutil acotación al texto de Peter Burke. Infelise es profesor de la Universidad Ca' Foscari de Venecia y autor de valiosos estudios sobre el formidable negocio tipográfico de la Ciudad de los Canales durante el Setecientos (*I Remondini di Bassano. Stampa e industria nel veneto del settecento*, *L'Editoria veneziana nell'700*) y sobre la historia de la censura durante la época moderna (*I Libri proibiti: da Gutenberg all'Encyclopédie*). En *Prima dei giornali* lleva a cabo un prodigioso encaje de vestigios amagados sobre los instrumentos de comunicación escrita durante los siglos XVI y XVII que resulta esmeradamente innovador.

LOS SISTEMAS DE INFORMACIÓN DURANTE LA ÉPOCA MODERNA

Bajo el absorbente concepto de “medios de comunicación”, Peter Burke consigue la polifonía entre los diversos campos de la historia de la cultura que en las últimas décadas han experimentado un impresionante desarrollo. Es precisamente este análisis comparado lo que permite a Burke reconsiderar los efectos revolucionarios de la imprenta tal y como lo había interpretado Elisabeth Eisenstein y valorar el sistema de medios en términos de coexistencia y de complementariedad. En primer lugar, atiende a la trascendencia que continuó teniendo la comunicación oral después del invento de Gutenberg y, como muestra de ello, estima la especial atención que otorgaban las instituciones escolares al aprendizaje de habilidades verbales, la pulcritud retórica que los predicadores exhibían ante un público que llenaba calles y plazas y el particular cultivo de la rumorología, la conversación, la cantinela, la tertulia y el debate en tabernas, cafés, salones y academias. En segundo lugar, considera las posibilidades de la comunicación escrita, tanto impresa como manuscrita, y las múltiples formas en que la alfabetización se dejaba sentir en los individuos: unos cumplían sólo con la lectura, otros con la lectura y la escritura, algunos delegaban la escritura y muchos oían a otros leer. Todas estas modalidades contribuyeron al progreso de la alfabetización, una habilidad estimulada también por las nuevas exigencias administrativas de los estados centralizados -como había planteado ya Daniele Marchesini en *Il bisogno di scrivere* (1992). Y, finalmente, tiene en cuenta la extraordinaria difusión de las imágenes impresas, por ejemplo, en forma de grabados religiosos, los cuales tenían un elocuente efecto en la piedad popular, o de viñetas satíricas, que producían una honda impresión en la conciencia política del pueblo. De este modo, la coexistencia de diversas formas de comunicación permitió mejores posibilidades de clandestinidad frente a la censura que trataron de imponer los estados y las iglesias. Desde el famoso “anticatálogo” de 1564, el *Index librorum prohibitorum*, los poderes se empeñaron en controlar los flujos de información, estigmatizando los títulos “peligrosos” y enaltecendo los volúmenes cargados de ingenua “utilidad”.

Sin embargo, cuando la explicación pasa de la oferta a la demanda de textos, se entra en ese vaporoso ámbito de la historia de la lectura que tanto ha seducido a los investigadores en los últimos años. Frente a las certezas que muestran maestros e iniciados, Burke se complace en el escepticismo que le otorga el análisis ponderado y recela respecto de algunas “explicaciones tradicionales” sobre este tema. Por ejemplo, considera exagerado afirmar que la imprenta inauguró la lectura crítica al permitir el cotejo de opiniones diversas que recogían diferentes libros; de la misma manera que el mayor acceso a los

textos que facilitó la imprenta tuvo entonces detractores tan vehementes como en la actualidad los tiene la televisión, sobre todo en referencia a aquellos textos “peligrosos” que podían turbar el “débil” espíritu de las mujeres. Tampoco la uniformidad de los textos se correspondía siempre con una homogeneidad interpretativa entre los lectores. Ahí está el recurrente ejemplo de Menocchio, el molinero friuliano del siglo XVI estudiado por Carlo Ginzburg, el cual lleva a cabo una serie de lecturas bajo unos parámetros muy poco estandarizados que le abocan a la heterodoxia y a la herejía. En este caso, la actitud reverencial que muestra Menocchio hacia los pocos textos que maneja lo convierten también en una muestra de lectura intensiva que contrasta con una práctica extensiva de la lectura, desacralizada y utilitarista, que se desarrolló con vigor a partir de mediados del siglo XVIII. A este fenómeno se le ha otorgado el excelso apelativo de “revolución de la lectura”, aunque seguramente peca por desmedido según Burke. Y ya dentro de la senda de manifestar exageraciones interpretativas, también se cuestiona la supuesta transición de la lectura pública (en voz alta) a la lectura privada (en silencio) durante los siglos modernos. Ejemplos no faltan.

Todas estas objeciones colaboran en retrotraer el desarrollo de la opinión pública y de la cultura política a los siglos XVI y XVII, aunque reformulando el concepto de esfera pública y admitiendo diversas modalidades de información hoy menos trascendentes. De la mano de la clásica teoría de Jürgen Habermas, expresada en su obra *La transformación estructural de la esfera pública* (1962), se analiza la utilización y el impacto de los sistemas de comunicación de masas en la Reforma alemana, en las guerras de religión en Holanda y Francia, en las revoluciones inglesas del siglo XVII y en la Revolución Francesa. A través del análisis de estos procesos revolucionarios se descubre, matizando la tesis del filósofo alemán, la existencia de dos tipos de esfera pública: la estructural y la coyuntural. Temporalmente, las élites implicadas en estos conflictos solían recurrir al pueblo para fortalecer sus posturas, generando, inconscientemente, una conciencia política permanente y acumulativa que acabaría asumiendo actitudes críticas respecto al “Antiguo Régimen”. Este fenómeno de largo alcance, muy anterior al siglo XVIII, ha sido denominado por Mario Infelise la “politización difusa” de la población.

AVISOS Y GACETAS EN EL ORIGEN Y FORMACIÓN DE LA OPINIÓN PÚBLICA

La descripción de Infelise gira en torno al mercado de la información que existía en Venecia como consecuencia de la densidad de embajadores y

agentes que allí se daban cita, aunque también toma en cuenta Roma -el rincón de “todos los avisos del mundo” - y otras ciudades italianas y europeas. El origen de los “avisos” manuscritos fueron las cartas cargadas de información política y económica que un individuo con correspondientes en diversos lugares enviaba regularmente. A mediados del siglo XVI ya en muchas ciudades italianas existían personajes que se dedicaban profesionalmente a escribir nuevas para uso, sobre todo, de príncipes y embajadores. Estas figuras recibían el nombre de “menanti” en Roma, “reportisti” en Venecia y “novellari” en Génova. Pero si en un principio estos “avvisi” o “riporti” eran hojas de información difundidas con periodicidad fija entre individuos principales de los grandes centros políticos, a partir de la década de los setenta del Quinientos se empezó a utilizar el término “gaceta” para referirse a escritos sobre temas vagamente actuales aunque no ligados a una salida regular. La gaceta, sin embargo, fue la versión popular de los avisos, el instrumento que avivó el interés por la recepción de noticias de hechos políticos cercanos y lejanos, y el que azuzó la fascinación por los análisis de las pugnas políticas en los ambientes urbanos. Los consumidores de noticias eran definidos como “curiosos” o “novelistas” -“parziali” si abrazaban una causa de las partes en conflicto- que se reunían en lugares fijos (plazas, postas, barberías o especierías) para exhibir sus fuentes de información.

Hubo individuos que se ganaron la vida -más mal que bien- confeccionando o transcribiendo avisos semanales e, incluso, informaciones oficiales que servían para nutrir las tertulias políticas. A finales del siglo XVII, por ejemplo, Pietro Donà, llamado “don Pietro delli reporti” escribía en Venecia un noticiario de amplio crédito y bastísima difusión que era enviado, previa suscripción anual, a clientes poderosos repartidos por Europa. Esta actividad, salvando los gastos de papel y correo, podía proporcionar al reportero unos 600 ducados anuales, pero también le podía causar problemas con los poderes políticos de la República, con la Inquisición y con los individuos que sentían su honra quebrantada por las opiniones infamantes que los gacetilleros a veces proferían contra su rey o contra su nación. En noviembre de 1640, por ejemplo, el embajador de España en Venecia amenazó a un reportero con cortarle la lengua por “hablar demasiado libremente de los españoles”. En una relación de amor-odio, los autores de noticias tenían un cierto trato de familiaridad con las cortes y sus embajadores, lo cual, a menudo, los mezclaba en actividades cercanas a las de los informadores o los espías.

Aunque a principios del siglo XVII algunas hojas de noticias empezaron a aparecer impresas siguiendo las formas manuscritas, parece que su alcance ha sido sobredimensionado por los historiadores de la prensa, “a los cuales les era más cómodo particularizar en los avisos impresos los directos antecedentes

de los impresos periódicos contemporáneos que reconstruir una imagen más articulada de los sistemas de información en el Antiguo Régimen”. En verdad, lo único que sucedió fue que los avisos se dividieron entre públicos y privados, que la imprenta recogió sólo una pequeña parte de los primeros y que, además, éstos fueron objeto de un mejor control por parte del poder, ecuanimizando la información al desprenderla de su natural inmediatez y frescura. Aún así, después de la gaceta de Génova, iniciada en 1639, muchas ciudades italianas de la mitad norte de la Península sacaron estos avisos estampados en medio folio, formando cuatro páginas en formato cuarto. Los impresores que impulsaron este humilde negocio colaboraron en acostumbrar al público a la recepción de noticias periódicas, más o menos “frescas” en función de las distancias que mediaban con los centros neurálgicos de la información. De este modo, los hechos de Amberes se leían en Roma catorce días después, mientras que las noticias de Madrid tardaban en llegar a la Ciudad Eterna alrededor de un mes. Otras noticias que durante la segunda mitad del siglo XVII adquirieron una destacada significación fueron las que hacían referencia a los episodios bélicos -en gran medida, llegadas desde Viena-, aunque en este particular, poco a poco, fueron adquiriendo singularidad los periódicos militares propiamente dichos, cada vez más perfeccionados en su estructura y periodicidad. Tal es el caso de las iniciativas llevadas a cabo en Venecia por Girolamo Albrizzi, la figura de mayor relevancia del primer periodismo impreso veneciano.

El movimiento de la información, con todo, era demasiado rápido para el gusto de los consejeros políticos. Ante la incapacidad para inspeccionar el trasiego de novedades, la política de información de los estados, conscientes de la importancia que representaba este punto para la salud del gobierno del príncipe, apostó por crear un órgano oficial para la difusión de noticias. Así, la *Gazette* francesa, iniciada en 1631, fue un proyecto ambicioso que trató de orientar y canalizar las opiniones de los súbditos y que colaboró en el reforzamiento de las estructuras absolutistas del poder. A pesar de estas iniciativas, las hojas manuscritas continuaron cumpliendo la misión de alimentar aquellas curiosidades que los instrumentos oficiales no podían satisfacer.

Por ello, reanudando el planteamiento de Burke, en el curso del siglo XVIII, los proyectos reformistas de los ilustrados se difundieron a través de medios alternativos al material impreso. Como la censura de los temas políticos en libros y periódicos asfixiaba la voluntad educadora de la sociedad que se arrogaron los *philosophes*, éstos continuaron sirviéndose de la comunicación oral en salones y cafés, de la correspondencia privada, de las obras de teatro o de las pinturas. Incluso cuando las aspiraciones revolucionarias se pudieron expresar en Francia a través de la prensa y otros materiales impresos no perdieron importancia el fragor de los debates o el impacto de las imágenes. Con el

fortalecimiento de los medios de comunicación se comenzó a gestar una nueva cultura política y una nueva comunidad de ciudadanos, la primera gran acción propagandística que permitió el ascenso a la palestra de la opinión pública.

EL AUGE DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN DURANTE EL PERÍODO CONTEMPORÁNEO: HACIA EL PODER DE LA INFORMACIÓN Y DE LA DESINFORMACIÓN

A partir de finales del siglo XVIII, según la descripción integral que realiza Asa Briggs, el impulso de la economía y el desarrollo de la Revolución Industrial promocionaron la revolución de las comunicaciones. Los tiempos y las distancias se redujeron con la aplicación de la energía del vapor al ferrocarril y a los barcos. En estos artilugios mecánicos, además de personas y mercancías, viajaron con mayor celeridad los periódicos, los libros y, sobre todo, las correspondencias, ese viejo sistema de comunicación que durante el siglo XIX disfrutó de una auténtica época dorada, contribuyendo, además, a incentivar la alfabetización de las masas. A su vez, los dos colosos del vapor alimentaron los medios eléctricos que se introdujeron durante la segunda mitad del Ochocientos y los primeros años del siglo XX: el telégrafo, el teléfono, la radio, el cine, la televisión y el gramófono. Briggs expone el desarrollo de cada uno de estos artilugios desde sus inicios hasta su implantación para uso doméstico y analiza las consecuencias sociales de estos inventos, sobre todo dentro del ámbito anglosajón.

En el curso del siglo XX, los medios de comunicación de masas -la prensa, la radio y la televisión- han venido conjugando su finalidad a través de tres dictados: la información, la educación y el entretenimiento. La tendencia a priorizar uno de éstos ha dado lugar a continuos debates sobre su bondad o maldad. También, y siempre sin perder de vista los enormes intereses económicos que generó la popularización de los medios, la tríada de intenciones ha convivido con un virtual ministerio político delegado por la opinión pública. Por ello, se ha considerado a la prensa un “cuarto estado” (o, empleando una traducción más ajustada, un “cuarto poder del Estado”) y a la televisión un “quinto poder”, porque las influencias mediáticas que repercuten en la opinión pública de las sociedades democráticas han sido valoradas como un saludable ejercicio de participación política. Asumida constitucionalmente la “libertad de prensa” y la bondad de la teoría del flujo y reflujo -a partir de la cual la prensa influye en la sociedad pero, otras veces, es por ella influida-, la gran preocupación pública de las últimas décadas es la concentración del poder de los medios. El imperio mediático de Rupert Murdoch, con intereses en la prensa, el

cine y la televisión, es un ejemplo de esta amenazante reunión de los medios.

Paralelamente, durante los últimos treinta años del siglo XX, la integración (o “convergencia”) también afectó a diferentes medios que antaño, al menos desde un punto de vista técnico, habían funcionado con autonomía. El “matrimonio celestial” (en palabras de Alan Stone) entre ordenadores y telecomunicaciones permitió la digitalización de las informaciones y de los contenidos. Más tarde, la introducción de Internet en los hogares y la extensión de la telefonía móvil alcanzó el reto de colocar al consumidor de la información en el papel simultáneo de lector, oyente y espectador de un mundo globalizado. Pero esta apetencia tecnológica, al hacer borrosas las fronteras entre el tradicional objetivo de informar, de entretener y de educar, corre permanentemente el peligro de confundir el hecho con la ficción.

LOS NUEVOS MEDIOS DE INFORMACIÓN Y EL NUEVO ANALFABETISMO

La exposición de Peter Burke insiste en que todavía a finales del siglo XVIII los sistemas de información continuaban combinando mecanismos comunicacionales de carácter oral, escrito y visual. La alfabetización, entendida como el dominio de la lectura y la escritura, no representaba todavía un valor de utilidad determinante para la mayoría de la población. La mayor parte de los individuos coexistieron con un analfabetismo que se reputaba intrascendente y bajo los efectos de una realidad comunicacional fuertemente condicionada por la oralidad. Sin embargo, la situación estaba cambiando. El impulso estatal y las exigencias sociales y económicas favorecieron un tipo de cultura que tradicionalmente se ha asociado al fenómeno de la “modernización”. Las modalidades culturales que consiguieron el éxito habían sido históricamente dominio de las élites y fueron consiguiendo una notable preponderancia durante el Setecientos para convertirse, a lo largo del periodo contemporáneo, en la cultura triunfante. Esta consideración ha servido para presentar el fenómeno de la alfabetización en términos absolutamente positivos, es decir, como un elemento activo para el desarrollo de los valores característicos del utilitarismo contemporáneo como son la racionalidad, la estabilidad política, la democracia, el control de la natalidad o el crecimiento económico. Por tanto, se supone que una destreza tiene capacidad para transformar las relaciones económicas y sociales. Lógicamente, esta causalidad ha sido defendida por la transformada tradición popular y, desde un punto de vista científico, por la mayor parte de los economistas. La unanimidad hacia este factor fue objetada a partir de principios de los años ochenta del siglo XX por un grupo de historiadores nortea-

americanos liderados por H. J. Graff, los cuales fueron tildados por los investigadores económicos de “escépticos” o “reduccionistas”. Graff cuestionó la definición tradicional de la alfabetización, es decir, aquella que constreñía el fenómeno a los niveles primarios de lectura y escritura y propugnó la asunción de una más compleja. Además de la lectura y la escritura, la alfabetización es “una tecnología o serie de técnicas para las comunicaciones y para descifrar y reproducir materiales escritos e impresos” y, sobre todo, no se puede interpretar si no se analiza a la vez el contexto sociocultural. Allí donde la alfabetización no participa en el trabajo de una persona, la capacidad para leer y escribir pierde valor económico, tanto para el individuo como para la sociedad. Esta es la postura básica de los “reduccionistas”. Si bien, la alfabetización se puede erigir como un factor del crecimiento económico, no parece menos restrictivo otorgarle un papel preeminente. Esta habilidad tiene una interpretación más sociocultural que financiera porque sólo evoluciona con firmeza cuando es operativa en ámbitos ordinarios y cotidianos.

Poco a poco se propagó una “mentalidad alfabeta” (o “mente alfabetizada”, en expresión del psicólogo canadiense David Olson) que fue conquistando las ambiciones populares y que, a la vez, respondía a los estímulos que partían de la lenta pero imparable transformación que experimentó la estructura del estado a finales del Antiguo Régimen. La progresiva racionalización de la burocracia -con miras a una mayor recepción y participación de todos los ciudadanos en derechos y obligaciones- se vió forzada a estandarizar las relaciones, lo cual implicó una creciente complejidad en los mecanismos de comunicación. Las formas de la sociedad compleja pasaron por la generalización de un invento ancestral, de unos cinco mil años de antigüedad: la escritura. El proceso de sustitución implicó una aculturación de determinados fenómenos que quedaron sepultados en los volúmenes de anecdotarios folclóricos que la investigación letrada del siglo XIX y principios del siglo XX tuvo la pericia de percibir como prácticas en vías de extinción y que, dada su riqueza de matices, en la actualidad son políticamente utilizados para promover características diferenciales ante el uniformismo cultural que imponen los medios de comunicación.

El progreso alfabético, a pesar de todo, padeció traumáticas regresiones, resistencias culturales y claras disparidades entre los diferentes grupos sociales. La meta letrada no siempre estuvo en el nivel que tiene actualmente ya que el fenómeno de la alfabetización -como casi todo- se reconceptualiza con el tiempo debido a que los grados de exigencia “normales” varían. Ciertamente, la amplia y reconocida imperfección de la alfabetización durante los últimos doscientos años nos ha ayudado a desmitificar la estrecha relación de muchos estudios históricos que la han asociado a los desarrollos industriales o al fenómeno de la modernización. Incluso su reciente utilización como fórmula magis-

tral -materializada en las campañas de alfabetización impulsadas por la Unesco hacia los países del tercer mundo a partir de 1965- dirigida a paliar situaciones de atraso económico y a acelerar vías de desarrollo ha demostrado el fracaso de una iniciativa que obvió la estructura social de los receptores y, sobre todo, sirvió para redimir la mala conciencia de los exportadores culturales, responsables, en definitiva, de la situación social y económica que padecen nuestros "atrasados" competidores. Por tanto, la alfabetización no se improvisa, cuaja allí donde hay una sociedad preparada para recibirla y se desarrolla en colectivos donde cumple funciones cotidianas. Aquí se encuentra la distinción alfabetizadora entre los diferentes grupos socioprofesionales y entre hombres y mujeres, a pesar de que también existió una clara voluntad política de controlar el impulso cultural.

Con la instauración del estado liberal, la alfabetización se sometió a las aulas escolares y se planteó como un objetivo al margen de consideraciones sociales. Para el estado liberal, la alfabetización actuará como un elemento con finalidad política, por eso, éste asumirá la financiación de la instrucción pública y, en gran medida, la responsabilidad sobre los éxitos y fracasos del proceso. Desde entonces, los niveles de alfabetización han experimentado un incremento progresivo en Occidente, sin recesos, hasta llegar a la actualidad donde casi se puede hablar de una alfabetización absoluta. La difusión de esta instrucción básica a la totalidad de la población se ha conseguido siguiendo una definición de alfabetización ligada a la lectura y a la escritura en soporte impreso o manuscrito. La imposición de nuevas tecnologías informáticas y electrónicas en el mundo de la comunicación está comenzando a provocar la aparición de nuevos analfabetos, especialmente entre las personas de más edad o que han quedado al margen del mercado laboral. Son los llamados "*computer-illiterates*". Cuando para consultar la signatura de un libro de una biblioteca e, incluso, para conseguir dinero de un cajero automático se necesita un nuevo código de acceso a la información no es extraño que muchos individuos queden al margen o traten de esquivar la vergüenza que supone reconocer su ignorancia. Otra vez, este nuevo analfabetismo está comenzando a pasar de ser una carencia a convertirse en un estigma. Nuevamente, la responsabilidad ante esta reciente mutación del concepto de alfabetización corresponde a la administración pública y, ahora también, a los poderes económicos que, en buena medida, han ido adulterando la definición clásica de política haciéndola cada vez más desvinculada de la sociedad.

También se ha escrito sobre la atrofia que los nuevos medios de comunicación están produciendo en la alfabetización tradicional (pobreza lectora, aversión a las formas escritas e, incluso, incapacidad para hacer uso de ambas en los niveles básicos de comunicación), pero como Burke y Briggs no conside-

ran su prontuario “un sitio apropiado para intentar cerrar [este] debate”, no va a ser este texto quien lo intente.

RESUMEN

A partir del análisis de los recientes libros de Asa Briggs y Peter Burke, De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación y de Mario Infelise, Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione (secoli XVI e XVII), el autor reflexiona sobre las peculiaridades del actual neo-analfabetismo, un fenómeno que está afectando a los sectores sociales menos familiarizados con los modernos medios de información.

RIASSUNTO

L'autore, prendendo spunto dall'analisi portata avanti dai recenti libri di Asa Briggs e Peter Burke De Guttemberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación, e da Mario Infelise Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione (secoli XVI e XVII), fa una riflessione sulle caratteristiche dell'attuale neo-alfabetismo, un fenomeno che sta prendendo piede nei settori sociali meno familiarizzati con i moderni mezzi di informazione.

RÉSUMÉ

A partir de l'analyse des livres récents d'Asa Briggs et Peter Burke, De Gutenberg à Internet. Une histoire sociale des moyens de communication et Mario infelise, Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione (secoli XVI e XVII), l'auteur mène une réflexion sur les particularités de l'actuel néo-analphabétisme, un phénomène qui touche les secteurs sociaux les moins familiarisés avec les moyens modernes d'information.

ZUSAMMENFASSUNG

Als Ausgangspunkt nimmt der Autor die Analyse der neuesten Bücher von Asa Briggs und Peter Burke, De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación (Von Gutenberg bis Internet. Eine gesellschaftliche Geschichte der Kommunikationsmedien) und von Mario Infelise Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione (secoli XVI e XVII); anschließend bringt er Überlegungen zu den Eigenarten des heutigen Neo-Analphabetismus vor, einem Phänomen, das die Schichten der Gesellschaft betrifft, die mit den modernen Informationsmedien weniger vertraut sind.

ABSTRACT

From the analysis of the recent books by Asa Briggs and Peter Burke,

De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación and by Mario Infelise, Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione (secoli XVI e XVII), the author reflects on the peculiarities of the present new illiteracy, a phenomenon that affects those social groups less familiarized with the modern means of information.